

JOSÉ MARÍA TORTOSA

CORRUPCIÓN,
CORREGIDA Y AUMENTADA

Prólogo de Albert Acosta

Icaria ❀ Más Madera

ÍNDICE

Prólogo de Alberto Acosta

- Corrupción: un reto para la democracia 5
- Corrupción, un tema de difícil aceptación 13
- Corrupción, un renacimiento global 16
- Corrupción, algunos entretelones detrás de la anticorrupción 22
- Corrupción, amenaza para la democracia 24

Prólogo de José María Tortosa

- 20 años después 27
 - De entonces a ahora 28
 - Por qué sigue habiendo 32

Introducción

- Historia clínica 35
 - El ruido hace veinte años 35
 - El ruido se repite 38
 - Mi propósito 39
 - Dedicatoria 43

- I. Patología 45
 - De qué se trata 45
 - La corrupción como patología 48
 - Corrupción y capitalismo 52
 - Actores 57

II. Epidemias	61
Una epidemia mundial	61
Algunos son más iguales que otros	64
Sistema mundial y corrupción	69
Continuidades y cambios	78
III. Terapias	83
Propuestas	85
Entre terapias o analgésicos	88
Recetas	91
Atajar la epidemia	95
IV. Prevención	99
Atajar no es suficiente	99
Análisis para prevenir	100
Medidas preventivas	103
Una lógica subyacente	105
V. Pronóstico	97
Efectos secundarios	97
Factores ambientales	99
Pronóstico reservado	111
La enfermedad hace crisis	113
Epílogo	115
Entre lo mundial y lo individual	115
Es la política, estúpido	116
Bibliografía	118

PRÓLOGO DE ALBERTO ACOSTA

CORRUPCIÓN: UN RETO PARA LA DEMOCRACIA

Hay una manera de contribuir a la protección de la humanidad, y es no resignarse.

ERNESTO SÁBATO

La corrupción, no ahora, sino desde hace tiempo, es un tema de urgente actualidad en el mundo. Los medios de comunicación están llenos de denuncias y escándalos. Sin embargo, a pesar de la creciente difusión de estas noticias, pocas veces se realiza un análisis profundo sobre este fenómeno social. Y lo que es más grave, en muchas ocasiones no se llegan a sancionar adecuadamente los hechos corruptos. Esto genera una generalizada frustración y no menos confusiones.

La sociedad necesita conocer más sobre esta cuestión, sus entretelones, sus causas, sus orígenes. Por ese motivo es importante abrir la puerta a debates serios como los que propone José María Tortosa en este libro, en el que refresca un debate que propició él hace unas dos décadas, casi al mismo tiempo que las primeras incursiones realizadas en el tema por el autor de estas pocas líneas escritas al otro lado del océano.

Corrupción, una historia con mucha historia

En concreto estamos frente a una cuestión recurrente en la vida de la humanidad. Desde hace más de dos mil años, cuando un

gobernante en la India listó «por lo menos cuarenta maneras» para malversar fondos del gobierno, hasta la fecha, muchos acontecimientos históricos marcados por la corrupción han sido registrados. Por cierto que en esta historia hay episodios de menor cuantía y otros que marcaron épocas. En ocasiones actos de corrupción contribuyeron a la destrucción y construcción de civilizaciones, como lo fue aquel hecho de canjear espejitos por oro y piedras preciosas hace más de cinco siglos, cuando los ibéricos llegaron a América. Como lo hacen ahora, con un poco más o menos de similitud, las grandes empresas mineras o petroleras en el marco del extractivismo, donde la corrupción se encuentra a flor de piel.

Habría, entonces, una suerte de corrupción dependiente. Una corrupción impuesta por formas de dominación de quienes vinieron o vienen de afuera, quienes impusieron e imponen un modo de vida ajena, una modalidad de acumulación explotadora de los seres humanos y de la misma naturaleza. Pero eso no es todo. En el proceso de adaptación a las demandas del Estado colonial:

Los tradicionales jefes étnicos andinos [...] se volvieron tiránicos y despóticos en la relación con sus propias poblaciones. Es decir, abandonaron una moral y una ética andinas, corrompieron los antiguos ordenamientos y se convirtieron en falsos curacas y en dudosos servidores de la colonia española. Este choque de culturas, la dominación de la una sobre la otra, la aparición de una élite blanca, de una burocracia venal, de virreyes holgazanes que se quedaban en Lima, multiplicaron la corrupción en casi todos los niveles de la sociedad entre el Estado y los individuos concretos [...]

nos cuenta Manuel Burga (1995) para el caso peruano, válido para gran parte del mundo colonizado por los europeos.

Desde entonces, siguiendo al mismo Burga:

Subdesarrollo y corrupción se alimentan orgánica e indefinidamente. Todo parece haber empezado con la conquista, con la aparición de una élite criolla dominante, con la difusión de un espíritu mercantilista y con esa rara actitud de las élites [...] de avergonzarse de nuestras realidades, de darle la espalda a nuestro país, de no tomarlo en serio y de pensar que aquí solo los vivos y los mendaces pueden sobrevivir, triunfar y hacer fortuna económica o política. Para hacer fortuna —por supuesto de manera muy frecuente— hay que pasar por las cadenas de la corrupción.

Esta es sin duda otra explicación de una corrupción mutante, que por cierto también se infiltró con fuerza en las potencias imperiales.

Hoy, cuando las empresas chinas «han salido de compras» por el mundo en medio de la crisis, cuentan con la complicidad de diversos gobiernos, que actúan cual curacas modernos sumisos a las pretensiones de esta potencia imperial emergente. Aprovechando sus cuantiosas reservas monetarias y financieras, así como utilizando su creciente poder político-financiero, sin dejar de recurrir a una innumerable cantidad de prácticas no santas, China ha empezado a adquirir cada vez más activos en todos los continentes, ampliando aceleradamente su área de influencia. En suma, en el extractivismo del siglo XXI presenciamos procesos de desposesión como los entiende David Harvey e inclusive una suerte de acumulación originaria global, con rasgos similares a los planteados por Carlos Marx, donde la corrupción se hace presente una y otra vez, de las más diversas formas.

En síntesis, la corrupción ha estado y está presente en la vida de los seres humanos (casi) permanentemente. Y no solo eso, los

mismos seres humanos han sido y son aún objeto de prácticas corruptas. La corrupción explica también los regímenes esclavistas. Hay corrupción en nuestros días en el manejo de la migración y no se diga en el tráfico de personas. Ninguna esfera del convivir humano parece libre de esta plaga...

Si este es un asunto con historia, lo es también una cuestión con dimensiones globales. Hoy más que nunca sabemos que la corrupción no es una demostración del subdesarrollo de algunos países o de determinadas culturas. No hay primicia cultural, racial, geográfica o social. No se puede afirmar que hay naciones corruptas y otras que no lo son. Los escándalos de corrupción son tantos y en todas las latitudes que globalizan el tema.

Resulta duro de admitir, pero su sombra cubre a casi todas las organizaciones creadas por los seres humanos. Incluso las Naciones Unidas han sido acusadas como «una potencia mundial corrupta», como tituló, en el número 4 del año 1994, la revista más prestigiosa de Alemania: *Der Spiegel*. Elementos de dicha organización habrían estado involucrados en el tráfico de influencias o en vulgares malversaciones de fondos o en la venta fraudulenta de alimentos destinados a los hambrientos de alguna región del planeta o en la negociación privada de equipos de transporte usados en procesos de pacificación o en redes vinculadas a aberrantes prácticas sexuales en zonas de conflicto...

Dentro del Vaticano tampoco han faltado denuncias fundadas sobre corrupción. Con frecuencia aparecen noticias que dan cuenta de oscuras operaciones financieras. Motivo de preocupación han sido también ciertas maquinaciones poco claras en su estructura de poder, que han desatado más de un escándalo o que habrían servido para intentar acallar otros escándalos, como parecería ser lo sucedido con las denuncias sobre abuso sexual de parte de algunos de los miembros de la Iglesia. Esto simplemente para mencionar algo de lo que ha trascendido a la opinión pública.

Por otro lado, a pesar de que hay quienes ven el inicio de la corrupción con el surgimiento del Estado y de las primeras estructuras burocráticas, la corrupción no se agota en el ámbito estatal o gubernamental. Buscar la corrupción exclusivamente en el Estado es no entender lo que ella representa o es hacer un simple ejercicio ideológico, que a la postre no ayuda a enfrentar el problema. Igualmente errado es intentar reducir el asunto a la órbita de lo privado. En ambas esferas aflora la corrupción y muchas veces esta se potencia cuando ambos sectores confluyen en diversas relaciones corruptas, no solo susceptibles de ser analizadas desde el lado económico; basta poner sobre la mesa el tema del nepotismo.

Además, difícilmente se puede esperar que el Estado sea eficiente si muchas veces no se le permite serlo. El Estado, lo sabemos muy bien, responde a un proceso social, en el que los grupos de poder permanentemente han tratado de permear sus intereses y por lo tanto de moldearlo de acuerdo con sus apetencias. Su burocratismo, sus trabas regulatorias, sus regulaciones oscuras y pesadas, su ineficiencia, son factores propios de lo que el brillante economista sueco Gunnar Myrdal entendía como Estado débil: causa fundamental de la corrupción. La corrupción debilita al Estado. Y un Estado débil facilita la corrupción.

A modo de corolario, se ha comprobado que no hay una relación entre el tamaño del Estado y la corrupción; hay estados grandes e intervencionistas con baja corrupción, como es el caso de los países de Europa del norte: Finlandia, Noruega, Suecia o Dinamarca. Hay otros casos, como los EEUU, que aun teniendo un sector público relativamente reducido, registran casos de corrupción de considerable proporción, como bien señala José María.

Eso sí, se podría anotar que los estados menos proclives a la corrupción son aquellos con mayores niveles de democracia, es

decir, con mayor transparencia y participación ciudadana además de una bastante adecuada distribución de la riqueza y el ingreso. Un Estado, en suma, no es fuerte por su tamaño, sino por su fortaleza, que se expresa por la calidad de sus decisiones.

Así las cosas, tampoco se puede reducir la corrupción al ámbito económico, es decir, a la esfera fiscal, comercial y financiera en particular. La corrupción desborda lo económico. Esta puede ser política o social en términos amplios. Y por cierto, la corrupción tiene nombre y apellidos, que incluso llegan a salpicar a ilustres familias e instituciones tradicionales, cuya existencia debería ser cuestionada en función de hacer realidad una democracia efectiva.

Sin afán de sentar cátedra, sí me gustaría proponer una definición incluyente de corrupción, empezando por una doble negación. La corrupción no consiste solo en la comisión de actos ilícitos, que competen a los tribunales, o en el simple mal manejo o malversación de recursos económicos. La corrupción, en una amplia definición cultural, indispensable para poder abordarla e incluso combatirla, es la esencia del abuso del poder. Incluye actos incorrectos, aunque estos no sean antijurídicos. Se manifiesta a través de abusos en diversos ámbitos, sea en la órbita estatal o privada, que beneficien directa o indirectamente a una persona o a un grupo de personas. En muchos casos sintetiza lo ilícito y lo incorrecto de manera simultánea. En realidad estos hechos asoman en ámbitos económicos, sociales, políticos culturales, universitarios, deportivos e incluso periodísticos, como bien lo acepta José María.

Y por cierto, no podemos marginar la corrupción vinculada o incluso causante de diversas formas de violencia, un tema en el que el autor de estas líneas ha incursionado con profundidad. Las guerras internas y externas están saturadas de corrupción. Los negocios de armas con frecuencia, por no decir siempre,

destilan corrupción. Los ejemplos son muchos. Basta con recordar el rocambolesco negocio de armas provenientes de Croacia y suministradas a Ecuador por Argentina (incluyendo algunos armamentos obsoletos de este país), para una guerra entre peruanos y ecuatorianos en 1995, teniendo el país del Río de la Plata un estatus de garante entre los dos países andinos, que concluyó recién con sentencia en contra del entonces presidente argentino.

El mundo de los grandes espectáculos, incluyendo el fútbol o el ciclismo o el boxeo, no deja de estar preñado de corrupción. Si partimos de esta constatación, tenemos que aceptar, lamentablemente, que convivimos con una suerte de cultura de la corrupción.

En la actualidad, quizás esto podría ser algo novedoso, muchos hechos de corrupción que son denunciados parece que siguen un libreto básico común. Las denuncias que devienen escándalos son olvidadas por la llegada de nuevos escándalos, con lo que la corrupción se complementa con una rampante impunidad. Los hechos denunciados parecen condenados a la desmemoria, perdidos en los vericuetos legales y con frecuencia no desembocan en una sentencia legal contra las personas implicadas. Es más, cuántas veces los implicados en un atraco, pasado el tiempo de la prescripción o aun antes, asoman libres de cualquier sospecha, envalentonados para volver a figurar en la vida pública: en la acción política, en la gran empresa, en los mismos medios de comunicación...

Si pudiéramos escribir una historia de la corrupción y de su complemento, la impunidad, esta sería una suerte de telón de fondo reverberante del devenir de las últimas décadas. Corrupción e impunidad resultan impensables sin el cinismo y la prepotencia reinantes. A tal nivel hemos arribado que, como atinadamente afirma José María: «los ciudadanos acaban pensando [...] que

‘todos son iguales’, mientras los partidos políticos se enzarzan en un cansino y monótono ‘y tú más’ [corrupto]». Y lo que es más grave, amplios segmentos de la población votan por esos mismos partidos y gobernantes corruptos.

Eduardo Gudynas, un uruguayo que piensa el mundo desde diversas entradas, reflexionando sobre los procesos políticos recientes en América Latina —Argentina, Brasil, Ecuador—, llega a una conclusión que apuntala dicha apreciación:

Parece ser que está en marcha un proceso por el cual se toleran mayores niveles de corrupción. Por un lado, los agrupamientos de izquierda parecen aceptar o convivir con una corrupción media a elevada, tanto dentro de sus estructuras y gestión de gobierno, como extendida en el resto de la sociedad. Por otro lado, los electores no castigan esos niveles de corrupción en las elecciones, y por el contrario parecen tolerarlo. [...] debemos reconocer que todos esos casos parecen no tener un efecto sustancial en la adhesión electoral.

Convendría decir que estos procesos electorales resultan en extremo costosos. Y que en ellos los grupos de poder, incluyendo aquellos vinculados al narcotráfico, buscan incidir en los resultados y las decisiones: «No cabe duda de que cuanto más cerca esté el partido de las tomas de decisiones más succulentas, mayor debilidad existe ante los sobornos», concluye atinadamente José María.

En un ambiente donde la modernidad capitalista justifica los medios para acumular y concentrar riqueza a como dé lugar, demasiadas personas dan muestras públicas de un endurecimiento de su percepción sobre lo corrupto. Y eso es muy preocupante.

Sin embargo, también tenemos que rescatar una suerte de progreso moral en otros segmentos de la sociedad, es decir, de gente preocupada en enfrentar este virus mutante; reacción que

no podemos negar y que debemos rescatar. Aunque no podemos marginar el hecho de que:

La moral —en palabras de Robert Havemann (1963)— es, en efecto, la más consumada forma de encubrimiento de la verdadera situación y las verdaderas relaciones sociales. La moral es el elemento ideológico que más profundamente interviene en la vida del alma humana.

Corrupción, un tema de difícil aceptación

Incorporar la corrupción en el debate público e inclusive en las investigaciones académicas no fue fácil. A lo largo del devenir histórico ha evolucionado el tratamiento del tema. Lo que es considerado corrupto en la actualidad, a lo mejor no lo fue en otras épocas. Y lo que es ilegal y corrupto en un país, no lo es necesariamente en otros.

Sin lugar a dudas este debate debe abrir la puerta a una profunda reflexión, teniendo en mente la necesidad de combatir globalmente la corrupción. El asunto no es fácil. Hay quienes encuentran la corrupción aceptable en algunas circunstancias e inclusive como loable en ciertas situaciones. Un ejemplo interesante aquel reseñado en la película *La lista de Schindler*: en la que se narra la saga de un empresario alemán que «aceitaba» a funcionarios nazis para conseguir trabajadores judíos a los que así protegía su vida.

Sea como fuere, lo cierto es que hasta la fecha hemos experimentado un paulatino e interesante desarrollo de la conciencia de la humanidad sobre la corrupción a nivel global. Mucha agua ha tenido que correr bajo los puentes. Recordemos que hace no mucho tiempo atrás, durante la Guerra Fría, por ejemplo, cada uno de los bloques de poder económico procuraba esconder la corrupción en sus zonas de influencia, para impedir que sus respectivos enemigos tuviesen armas para combatirlos.

No es difícil encontrar elementos originarios o potenciadores de la corrupción en el sistema capitalista, lo que no quiere decir que en otros sistemas esta no haya estado presente. Recuérdese los niveles de corrupción existentes en la antigua Unión Soviética (una forma de capitalismo de Estado, capitalismo al fin y al cabo, dirán otros, como el propio José María); lo que sí está demostrado es que la corrupción en la Rusia actual es mucho mayor y más generalizada que en el antiguo Estado soviético.

Esta realidad no ha cambiado mucho en algunos lugares. En nuestros días, en gobiernos autoritarios tampoco es fácil detectar hechos de corrupción. En esos regímenes, no solo en dictaduras abiertas, sino en gobiernos «progresistas», elegidos democráticamente, los malos manejos de los recursos del Estado o las arbitrariedades producto del abuso del poder permanecen ocultos. Allí no hay muchas posibilidades para descubrir hechos corruptos y menos aún para combatirlos, sobre todo cuando en estos están involucradas personas de las altas esferas del poder. En ocasiones quienes denuncian actos corruptos son amenazados y perseguidos, no quienes los cometen. En otros casos los parlamentos miran para otro lado en casos donde los atropellos y los atracos han sido claramente demostrados, por ejemplo a través de comunicadores sociales, que luego sufren las arremetidas del poder. Y no solo en este tipo de gobiernos, hay gobernantes en la democrática Europa que en estos días tratan de echar tierra sobre los escándalos que afectan a los íntimos de los círculos del poder, como lo demuestra Tortosa.

Aunque pueda resultar sorprendente para algunas personas, no nos olvidemos de que por mucho tiempo el tema de la corrupción fue tabú en las investigaciones académicas. Y no solo eso, en ocasiones a la corrupción hasta se la justificaba como herramienta para hacer funcionar mercados, en situaciones de una masiva injerencia del sector público.

Uno de los primeros y más destacados tratadistas que se aproximó al tema de la corrupción fue Gunnar Myrdal, Premio Nobel de 1974. En su trabajo magistral titulado *Drama asiático* (1968) rompió lanzas para reclamar en contra de esta ausencia. A este «olvido», de un tema ampliamente conocido, Myrdal llamaría «la diplomacia en la investigación», forma elegante de calificar una suerte de complicidad —inclusive ideológica— con prácticas corruptas generalizadas, que eran marginadas o minimizadas.

A pesar de estos avances, no han faltado analistas que sin empacho alguno han llegado a sostener que los recursos obtenidos a través de la corrupción no se evaporan. Son dineros, según ellos, que ayudan a la economía, en tanto se reinvierten en consumo y producción. Es cierto que estos recursos no se pierde físicamente, pero sí económicamente. Muchas veces estos capitales fluyen a actividades no productivas. Alimentan la especulación. Engrosan la fuga de capitales. Fomentan la concentración de la riqueza. Aportan, en definitiva, a una mala asignación de los recursos.

Mientras que, por otro lado, los precios de bienes y servicios se incrementan. Aquellas empresas que pagan una coima, la incorporan como costo en el precio final de dichos bienes y servicios, o la incluyen en el cálculo de las ofertas de aquellas licitaciones plagadas de corrupción en las que participan. Y eso no es todo, estas prácticas corruptas, que demandan una gran cantidad de tiempo, que generan demoras e incumplimientos, exigen el pago de nuevos y mayores impuestos para cubrir el incremento de los precios de las obras públicas encarecidas por la corrupción. A esto se suman la evasión y elusión tributarias, que cortejan permanentemente este comportamiento. A la postre, este es un elemento distorsionador que afecta tanto a la economía como a la democracia. José María tiene muy clara la película:

Seguimos viendo cómo se utiliza nuestro dinero (el de nuestros impuestos, que no es «suyo») para objetivos para los que no lo cedemos: fraude, gastos superfluos y corrupción que en un sistema no-democrático podrían ser todavía peores.

En la actualidad se acepta normalmente que la corrupción constituye un lastre para el desarrollo económico, social e incluso económico. A pesar de lo cual, esta epidemia de la corrupción, perversamente, sigue gozando de muy buena salud en el planeta.

Corrupción, un renacimiento global

Si la corrupción es un problema antiguo y universal, la pregunta que surge inevitablemente es por qué ha crecido tanto en la actualidad. Será acaso que hoy, con los avances tecnológicos en lo relativo a la información y comunicación, es más fácil detectar hechos y prácticas corruptas. Sin negar lo que aporta esta explicación, no es menos cierto que la corrupción está embretada en una matriz que la alienta, multiplica y globaliza. «La corrupción es universal porque une prácticamente a todos los países del mundo», concluye José María.

En todas partes, el número de casos de corrupción ha crecido en los últimos años con la consolidación del individualismo y la extrema valoración que se da al dinero. La mercantilización alcanza a los valores y la honra misma. Esta crisis de valores se expresa con desvergonzada claridad cuando se escuchan justificaciones para votar por gobernantes corruptos: «es cierto que roba, pero hace obra», es la explicación que se escucha con frecuencia. Y esto se complica aún más cuando hay gobernantes que reconocen públicamente haber realizado prácticas corruptas, pero al mismo tiempo las justifican en función de objetivos superiores y beneficiosos para la colectividad.

Bernard Mandeville, en su largo poema *La fábula de las abejas: o, vicios privados, públicos beneficios*, publicado en 1714, atisbó la esencia del problema. Él intuía que los vicios privados, léase la corrupción, podría convertirse en virtudes públicas:

Dejad, pues, de quejaros: solo los tontos se esfuerzan por hacer de un gran panal un panal honrado. Fraude, lujo y orgullo deben vivir, si queremos gozar de sus dulces beneficios.

Hay pensadores de la vertiente liberal que no ven perniciosos los acuerdos voluntarios a que se llegue en el sector privado, que pueden dar lugar a prácticas corruptas o que surgen de arreglos corruptos, en tanto son acciones propias de la esfera empresarial (aunque se usen sobornos, por ejemplo). Eso sí: rompen lanzas cuando asoma la intervención estatal. Por eso se sostiene todavía en algunos círculos ultraliberales que la desaparición de la corrupción vendrá con la abolición del Estado...

Ya Mandeville sostenía en su poema que la economía sería más próspera cuanto menor sea la intervención del Estado. Él pregonaba el equilibrio a través del egoísmo individual, que a la postre redundará en beneficio de la comunidad. Mandeville, con su defensa del libre comercio, fue un precursor de la teoría del *laissez faire*, desarrollada por Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, publicada en 1776. Incluso la división del trabajo que propuso Smith proviene de reflexiones de Mandeville.

Carlos Marx fue más específico. En el epílogo de la segunda edición del segundo tomo de *El Capital*, el 24 de enero de 1873, anotó la existencia de un ambiente propicio a la corrupción: «A partir de 1848 la producción capitalista se desarrolló rápidamente [...], y hoy en día ha llegado ya a su habitual floración de fraudes y estafas.» El mismo Marx llegó a afirmar que «todas las naciones capitalistas abrazan periódicamente el fraude, pretendiendo ganar

dinero sin mediar proceso productivo». José María va más allá. Es provocadoramente contundente: «En mi opinión, la corrupción no es una enfermedad del capitalismo, sino un síntoma de una enfermedad: el capitalismo.»

Como lo anotamos desde el inicio, a lo largo de la historia de la humanidad, la corrupción, en sus más diversas formas, ha estado siempre presente. Durante la actual civilización, la capitalista, aunque parezca curioso, en ocasiones la corrupción ha gozado de mejor salud que en otras. Esto encontraría una explicación en la característica cíclica de este sistema, pues en determinadas épocas la especulación —campo aún más propicio para la corrupción— es la vía para la acumulación, más que la producción.

Por eso es indispensable comprender lo que significan las efervescencias financieras en fases de predominio especulativo. Estas sirven para garantizar elevadas utilidades cuando el aparato productivo ha entrado en una fase declinante de sus tasas de ganancia. Esa es la historia de la evolución cíclica del capitalismo.

En años recientes, la desregulación de los mercados financieros, que alentó la generación de nuevos instrumentos financieros con escaso control público, facilitó masivos movimientos de capitales especulativos y, por cierto, fue un mecanismo que permitió mantener alta la tasa de acumulación del capital mientras se deprimían los réditos en el mundo de la producción de bienes y servicios. Sin cumplir función social alguna estos instrumentos generaron y siguen generando beneficios ingentes para unos pocos agentes económicos. Estos procesos especulativos, cobijados bajo rimbombantes nombres tecnocráticos, dentro de lo que se conoce como «el mercado de derivados», ya antes de la actual crisis habían provocado problemas en numerosas economías del mundo empobrecido e incluso en el industrializado.

El daño que ha supuesto la desregulación y la proliferación de instrumentos financieros es enorme. Sin embargo, la especulación

no puede ser vista simplemente como una anomalía del mercado o como un producto provocado por la falta de regulaciones. Ya en la primera mitad del siglo XIX el banquero J. W. Gilbart (1834) reconocía que «todo lo que facilita los negocios, facilita también la especulación y que ambos van, en muchos casos, tan íntimamente unidos, que resulta difícil decir dónde acaban los negocios y dónde empieza la especulación»; cita recogida por Carlos Marx, en el capítulo 25, sobre «Crédito y capital ficticio», en el tercer tomo de *El Capital*.

En esta selva de intereses no se puede marginar la falta de transparencia en el movimiento de capitales e inclusive en el mercado de bienes, donde también la especulación se ha expandido como setas después de las lluvias. Tanto es así, que luego de una relativamente corta fase de depresión de los precios en los años 2008 y 2009, la especulación ha vuelto a cobrar fuerza en el mercado petrolero, minero y en el de muchos alimentos.

En este espeso ámbito de especulación expansiva también se deben incorporar todos aquellos negocios relacionados de una u otra manera con la muerte física en unos casos y con la dignidad en otros, en particular las drogas, las armas, el tráfico de migrantes, el turismo sexual o la trata de personas. Todos estos oscuros manejos económicos, motivados por la demanda de acumulación del capital y la utilidad fácil, han abierto más aún la puerta para la búsqueda de mayores beneficios evitando el pago de impuestos. Concomitantemente, la evasión y la elusión fiscal han encontrado un terreno abonado en los paraísos fiscales y en la poca (o ninguna) capacidad para controlar el movimiento de capitales en los países empobrecidos y en el mundo en general. El «blanqueo» de capitales, en consecuencia, no es un simple resultado de insuficientes regulaciones, sino un producto directo de la voracidad que desata la acumulación del capital a nivel global.

Este es, a no dudarlo, un punto medular en el análisis. Y es importante no caer en la trampa de muchos economistas que no quieren asumir consideraciones morales o jurídicas de la corrupción en sus análisis. La corrupción, de una u otra forma, no solo que provoca costos económicos y sociales, sino que afecta la democracia misma y a sus instituciones.

En este contexto, exacerbado en décadas recientes, con un capitalismo globalmente desbocado, aparecieron nuevas y mejores condiciones para el florecimiento de la corrupción. En los países empobrecidos, desde la década de los ochenta en el siglo pasado, la corrupción encontró un nuevo campo de cultivo en una serie de transformaciones para reorganizar la sociedad y la economía en función de objetivos aperturistas y liberalizadores a ultranza, útiles a los intereses de los capitales transnacionales y sus reducidos grupos dominantes casa adentro. Recordemos los reiterados escándalos de corrupción en los procesos de privatización en América Latina, cuya secuela sigue repercutiendo hasta nuestros días cuando algunos gobiernos de la región, con sobrada razón, dan marcha atrás a ventas fraudulentas de sus empresas públicas, como ha sucedido en Argentina y Bolivia, para citar dos casos. Más complejo por su duración y también por su profundidad ha sido el manejo de la deuda externa, convertida muchos países en una «deuda eterna»; esta herramienta de acumulación del capital transnacional, por lo demás, ha tenido a la corrupción como una fiel acompañante desde sus orígenes, que se pierden en el inicio de sus repúblicas.

En los países industrializados también la corrupción ha anidado en el seno de burbujas especulativas, que han terminado por explotar. De eso se trata la crisis de la burbuja inmobiliaria en los EEUU y en muchos países de Europa. El oscuro ingreso de Grecia al euro es otro episodio de esta triste historia. En muchos países europeos la corrupción no deja de estar presente en el marco de

políticas de ajuste estructural orientadas a seguir favoreciendo la acumulación de capital: todo para los banqueros, nada para la ciudadanía, parece ser la consigna, tal como sucedió hace no mucho tiempo atrás en América Latina y en otros países del mal llamado Tercer Mundo. La lista de este tipo de hechos es muy larga y por cierto dolorosa, sobre todo por la incapacidad europea de aprender de su historia y de otras experiencias recientes.

Lo perverso de la deuda externa es que el peso del ajuste lo asumen los deudores, mientras que los acreedores son los que imponen las condiciones de pago: EEUU en relación a América Latina, hasta hace pocos años; Alemania en relación al sur europeo, en la actualidad. Esta situación es en extremo perversa. No nos olvidemos de que deudores y acreedores participan con frecuencia en una suerte de tango de corrupción desbocada y que el tango siempre se baila entre dos... pero a la postre es uno solo el que paga la cuenta del festín, como lo vemos hoy con los países del sur europeo.

A modo de una conclusión anticipada, la lucha para enfrentar la corrupción también tiene que ser global. En la línea de la reflexión de los párrafos anteriores, simplemente para puntualizar, habría que echar abajo los paraísos fiscales. Simultáneamente cabría introducir la transparencia tributaria a nivel mundial: todas las declaraciones de impuesto a la renta de empresas y personas deberían estar en la red global. La banca nacional e internacional debería ocuparse exclusivamente de sus negocios financieros sin acceso al control de otro tipo de actividades productivas y menos aún de medios de comunicación. La democratización de la globalización exige que se le pidan cuentas a las instituciones financieras internacionales, lo cual implica repensar íntegramente organismos no democráticos como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Urge crear un código financiero internacional para normar el flujo de los capitales en el mundo y que cuente

con un tribunal internacional de deuda externa, donde enfrentar los problemas de sobreendeudamiento de los países, empezando por los del sur de Europa. No se puede aceptar la fatalidad de las leyes de la economía global, hay que cambiarlas.

Corrupción, algunos entretelones detrás de la anticorrupción

La lucha contra la corrupción tiene sus bemoles. En los últimos años, exactamente desde mediados de los noventa en el siglo pasado, se propuso enfrentarla con instituciones y herramientas de alcance global. Aquí se destaca Transparencia Internacional, que difunde anualmente uno de los informes anuales que más impacto provoca: el «Índice de Percepción de la Corrupción». Sobre todo los gobernantes de los países más afectados protestan por su contenido, mientras que otras personas ven ratificadas en los resultados publicados sus denuncias sobre la corrupción.

Sin minimizar la corrupción como un azote global, que impacta con crudeza en el mundo entero, cabe preguntarse cuál es el significado de esta organización que tanto sacude con sus informes y cómo se elabora este Índice, quién lo inspira y de dónde sale su financiamiento.

A Alfredo Jalife-Rahme, en el año 2002 ya le sonaba:

Muy pretencioso que una organización, sea la que fuere, se erija como el oráculo de la moralidad a escala global en un planeta tan complejo y diverso, donde habría que ponerse antes de acuerdo sobre la definición, los parámetros y los alcances de la corrupción con herramientas de medición científica y no con simples subjetivismos.

Y de esta preocupación se deriva otra, cuando se descubre que Transparencia Internacional estudia el sector público, sin

descubrir la otra cara de la medalla, el ámbito privado, donde la corrupción campea por igual.

Como un detallito al margen, recuérdese que Transparencia Internacional fue creada por alguien que laboró en el Banco Mundial en pleno auge del neoliberalismo. Transparencia Internacional nació bajo la sombra de dicho banco, como parte de una campaña para convencer a las sociedades que la corrupción es un acto vinculado exclusivamente al sector público, para así alentar las privatizaciones y las desregulaciones bancarias, que bien sabemos auparon masivas corrupciones.

Además, recordamos que Transparencia Internacional fue financiada por grandes transnacionales, incluyendo la energética Enron y la auditora Arthur Andersen, protagonistas de masivos casos de corrupción en los EEUU; casos que no afectaron la imagen de dicho país, porque eso no le compete a Transparencia Internacional... Nadie menciona que otro financista fue o es el especulador mundial: George Soros, beneficiario de la desregulación financiera que alentó el Banco Mundial.

Y a quién le importó que esta organización se haya afincado en Berlín, capital de un país donde era posible que sus empresas pudieran descontar de sus declaraciones impositivas aquellos gastos realizados para «aceitar» sus negocios en el exterior.

Por cierto no se menciona nunca que el primer presidente de Transparencia Internacional fue un vicepresidente del Ecuador, quien financió reuniones de su directorio con gastos reservados del Estado, con los que, según el propio ex vicepresidente, también se aseguró el respaldo de diputados y magistrados de las cortes de justicia para aprobar reformas desreguladoras y privatizadoras, como aquella destinada a vender las telecomunicaciones. Y como el pez por su boca muere, esta declaración le significó a este personaje el inicio de procesos jurídicos que lo obligaron a vivir por mucho tiempo como prófugo en Costa Rica.

Corrupción, amenaza para la democracia

En este contexto no solo hay que ver los efectos económicos o políticos de corto plazo. La rampante corrupción provoca un deterioro generalizado de las instituciones. En definitiva, se está afectando la democracia. Esta no se caracteriza por la ausencia de corrupción, sino por la forma en que la hace frente. Y, también, por supuesto, por la forma en que se la sanciona.

Importa, entonces, rescatar la democracia, como un espacio donde pueden aparecer y ser denunciados los escándalos de la corrupción. Allí, a pesar de todas las limitaciones, hay posibilidades para descubrirlos y combatirlos, sobre todo cuando en estos están involucradas las altas esferas del poder. Si profundizamos nuestra reflexión desde la democracia, podemos llegar a una serie de conclusiones renovadoras.

En especial cuando nos adentramos en la corrupción del poder político. En ese terreno, la corrupción, desde esta perspectiva democrática, no sería otra cosa que la privatización del Estado, en la medida que un burócrata del nivel que sea, o indirectamente un agente privado, instrumenta el aparato estatal y sus recursos para su beneficio particular o de clase.

Entonces, el punto de partida pasa por descubrir e individualizar estas prácticas corruptas, sin sacarlas de su contexto estructural; prácticas que dependen de mecanismos que garantizan no solo su funcionalidad sino también su ocultamiento y olvido. Por eso resulta imprescindible reforzar todos los medios para robustecer los espacios orientados a combatir la corrupción individual y la institucional.

Hay que entender la corrupción en su verdadera magnitud y comprender sus repercusiones, para no quedarnos en la simple denuncia de los culpables y menos aún solo para contribuir a un vulgar ajuste de cuentas entre compadres resentidos: hipótesis de la venganza, que también encuentra cabida en estas páginas de Tortosa.

Busquemos la transparencia. Que el control social se concrete en primera línea a través de la opinión pública, con una auténtica libertad de prensa y de independencia para los medios de comunicación públicos, comunitarios y privados. Permitamos a los comunicadores sociales y la ciudadanía en general el acceso a la información. Acabemos con toda forma de secretismo. En este empeño la transparencia y la memoria asoman como las herramientas de mayor importancia. La transparencia desbrozará el camino si queremos que la corrupción sea la excepción y no la norma. Y solo la memoria impedirá que la corrupción encuentre su asilo en la impunidad.

El control jurídico deberá sustentarse en la universalidad y eficacia del sistema judicial con miras a erradicar la impunidad, entre otras acciones. El control político exige cada vez más democracia, nunca menos; es decir, hay que institucionalizar la rendición periódica de cuentas y la revocatoria del mandato durante el ejercicio de sus funciones en el caso de gobernantes que estén envueltos en escándalos de corrupción. Y si a la corrupción la definimos como un abuso del poder, nuestro esfuerzo debe entonces orientarse a desmontar toda forma de concentración de poder político, económico y social. Los niveles de poder exageradamente concentrados, sobre todo cuando no se respetan instituciones como la independencia de las diversas funciones del Estado, son los que alimentan estos abusos y en consecuencia la corrupción generalizada. José María es muy claro al respecto: «Hay que evitar, siempre que sea posible, que la decisión final la tome alguien de forma aislada.» La receta concluyente es una creciente participación ciudadana.

Entonces, para no perder el sentido de violación moral, sobre todo cuando la violación política no es censurada y la violación legal encuentra salidas poco adecuadas, son bienvenidos este tipo de libros que nos ayudan a rescatar la importancia que tiene la

sanción moral a los actores envueltos en flagrantes casos de corrupción. Aportes como este no solo refrescan la memoria sobre algunos casos de corrupción, sino que ofrecen elementos para combatirlos. Son instrumentos para alertar y comprometer a la sociedad sobre la necesidad de enfrentar a la corrupción y a sus corifeos, algunos de los cuales se presentan cínicamente como luchadores en contra de la corrupción.

Pongámonos de acuerdo en que el funcionamiento satisfactorio de una sociedad depende de la confianza mutua y del uso de normas explícitas e implícitas que sean cumplidas por toda la ciudadanía. La corrupción, sin lugar a dudas, constituye un lastre que impide fortalecer la confianza y creer en el otro, tanto en la esfera de lo público como de lo privado. Por eso no es posible convivir con la corrupción y menos aún celebrarla. En la sociedad, además, deben crearse condiciones que impidan el florecimiento de la corrupción, entre otros asuntos deben existir niveles aceptables de equidad e igualdad, y una educación que afecte desde sus orígenes toda forma de abuso del poder. No se trata entonces solo de combatir la corrupción, hay que prevenirla; para eso contribuye de manera sustantiva este libro.

Para concluir, si entendemos al problema de la corrupción como algo complejo y a la vez sistémico, hay que instrumentar a su vez respuestas sistémicas y estructurales. Si se sabe que no hay explicaciones simples, debemos hacer un esfuerzo por comprender el fenómeno de la corrupción en su real complejidad. Las respuestas no se agotan en el campo jurídico, policial o económico. Las respuestas deben ser eminentemente políticas con el fin de impedir que la corrupción sea vista y procesada como un problema... de los demás.

Quito, 10 de marzo de 2013

PRÓLOGO DE JOSÉ MARÍA TORTOSA

20 AÑOS DESPUÉS

La tarea de poner al día un libro publicado veinte años atrás suscita una tentación inmediata: volverlo a escribir de cabo a rabo. Sin embargo, cuando se lee la primera versión, se encuentra que hay una vía intermedia entre el reescribirlo y dejarlo como estaba: revisarlo, que quiere decir cambiar los elementos que hayan quedado demasiado anticuados, añadir alguna bibliografía aun manteniendo la que había en el original y que sigue siendo relevante y, claro está, añadir los detalles que han surgido en estos veinte años. Un libro, pues, «corregido y aumentado» cuando la realidad a la que se refiere, la corrupción política, veinte años después también parece «corregida» y, hay consenso, «aumentada».

Porque en la lectura del viejo libro hay muchos elementos que siguen siendo válidos en la actualidad si lo que se pretende es entender el fenómeno de la corrupción política y se prescinde de la indagación sobre los casos concretos que, ahora como entonces, no faltan sino que abundan. No se trata, como entonces se decía, de detallar «qué papel pudo jugar Fulanito en el caso Perenganito». Se trata, en cambio, de entender qué factores llevan a estos comportamientos y qué se puede hacer para reducirlos, si no para el utópico hacerlos desaparecer del todo.

De entonces a ahora

En el capítulo próximo se enumera esa acumulación de casos, escándalos, operaciones, corruptos ante el juez, sospechosos, reportajes morbosos y conjeturas mediático-políticas. Lo curioso es que la había hace veinte años y la hay ahora. Se acumulan de modo que los ciudadanos acaban pensando, ahora como entonces, que «todos son iguales», mientras los partidos políticos se enzarzan en un cansino y monótono «y tú más».

Entonces como ahora, el espionaje juega un papel importante a la hora de documentar las andanzas de los enemigos, sean del propio partido o de otro (es conocido el dicho de Konrad Adenauer: «Hay enemigos, enemigos mortales y compañeros de partido»). Dicha documentación, si conviene, será convenientemente filtrada a los medios más o menos afines para que la orqueste lo que en aquel entonces se llamó el «sindicato del crimen» y ahora se ha llamado «golpe de Estado mediático». No hace falta que los medios a los que se filtra sean «afines»: basta con que tengan el interés básico de toda empresa, que es el beneficio, y juzguen útil para este el poner en primera página algún asunto desagradable. Esta algarabía, sobre todo si va acompañada de arteros reportajes televisivos y encendidas tertulias tanto de radio como de televisión en las que es norma el arrimar el ascua argumental a la propia sardina ideológica o, en más de un caso, a la sardina de los propios intereses no necesariamente ajenos a la corrupción misma, esta algarabía, digo, se convierte en gasolina para una opinión pública ya de por sí dispuesta al incendio que la crisis de 1992 entonces y la iniciada en 2007 ahora no hacen sino fomentar. Casi se podría decir que, en estos años, la corrupción ha seguido más o menos constante, pero que ha «explotado» cuando las alegrías económicas anteriores (en el caso actual, el «ladrillo») se han venido abajo y, con ello, han comenzado a airearse una detrás de otra. Corrupción, la hubo. Ahora hay «escándalos».

Hay, de todas maneras, algunas diferencias que conviene resaltar para que esto no sea un ejercicio más de engañoso «déjà vu». En primer lugar, está la cuestión de la cantidad de casos ahora y entonces. ¿Hay más corrupción ahora que la que había hace veinte años? No es fácil saberlo, casi por definición, ya que la corrupción es una actividad subterránea de cuyos afloramientos sabemos por factores muy heterogéneos que no permiten inducir cuántos casos hay realmente, más allá de los ahora conocidos. Si a los datos de Transparencia Internacional nos remitimos, datos publicados desde 1995 sobre la *percepción* de la corrupción en el mundo, el puesto de España en el «ranking» mundial ha oscilado entre el 20 y el 32, en el año 2002 en el primer caso y en 1996 en el segundo. El índice de percepción del año 2012 situaba a España en el puesto 30, sobre 179, es decir, que hay casi 150 países que tienen un índice mucho más negativo que el de España y el subir o bajar un puesto puede deberse a cambios en los otros y no necesariamente a los propios. Desde esta perspectiva, entonces, no habría habido grandes cambios en esa percepción.

El índice elaborado por Transparencia Internacional está construido a partir de encuestas a empresarios y expertos internacionales. Es, pues, problemático, a pesar de que acaba correlacionándose bastante bien con otros indicadores para los diferentes países. Dándolo por bueno de todas formas, lo digno de ser subrayado es que esa percepción no coincide con la percepción que tienen los ciudadanos sobre el asunto. Gallup, para el mismo año 2012, publicó una encuesta mundial en la que se preguntaba a los ciudadanos si creían que la corrupción estaba muy difundida en su propio país. El 79% de los españoles respondía afirmativamente, lo cual les situaba en el puesto 97 (no en el 30) en lo que a esta percepción se refiere. Viendo que, en algunos casos situados en los extremos de la lista (Dinamarca o Nueva Zelanda por ejemplo en uno) hay coincidencia entre

percepción de empresarios y expertos internacionales por un lado y encuestados locales por otro, los casos en los que la discrepancia es tal alta podrían indicar una cierta falta de perspectiva. En todo caso, el 79% de respuestas afirmativas en España tiene necesariamente que contrastar con el 13% de Singapur, el 21% de Dinamarca, el 24% de Nueva Zelanda por un lado y el 91% de Portugal o el 93% de Croacia por otro.

Algo bien diferente es que los ciudadanos españoles estén muy preocupados por el asunto. El hecho es que, encuestados por el CIS, no han situado el problema entre los cinco primeros que, a su juicio, tiene España hasta diciembre de 2012. En el Barómetro de dicha fecha ocupaba, efectivamente, el quinto puesto en cuanto a porcentajes acumulados, pasando al tercero en el Barómetro de enero de 2013. Pero también es cierto que, cuando la pregunta no se refiere a «los problemas de España» sino a los problemas que, personalmente, afectan más al entrevistado, la corrupción baja en el «ranking»: décimo puesto en diciembre de 2012 y noveno en enero de 2013.

Sea que ahora hay más casos o que ahora se perciben más o se denuncian más, lo que sí parece verosímil es que la corrupción ha alcanzado niveles de sofisticación mucho mayores que el mero «embolsarse» los dineros de la construcción de un cuartel de la Guardia Civil, y que los medios para transferir el dinero al extranjero o evadirlo de Hacienda se han hecho mucho más eficientes, con o sin la ayuda de «amnistías fiscales» por parte de esta última. Tal vez la corrupción no está «aumentada», pero sí parece que, por parte de los corruptos, ha sido «corregida» para hacerla menos detectable, cosa que hay que tener en cuenta cuando se piensa que ahora se percibe más. Mucha más tiene que haber para, siendo más «profesional», es, sin embargo, más denunciada, aunque no hay que excluir el peso que han llegado a tener las redes sociales en esas denuncias, reales o imaginadas.

Hay, sin embargo, algunos elementos comunes a los que es preciso regresar. Por un lado, el papel que juega la financiación de los partidos políticos. Es un problema no resuelto a escala mundial y siempre planea sobre la dicha financiación la sombra de la búsqueda de su aumento con los medios que haga falta, sean legales, paralegales y abiertamente ilegales. En ese contexto, el «recaudador» del partido, sabiendo que está haciendo una tarea de legalidad dudosa, puede tener la tentación (y cayeron en ella hace veinte años y han vuelto a caer ahora) de detraer algunos dineros para el propio disfrute, desde unos caballos para un hijo a cuentas en Suiza o en Liechtenstein. Si, además de «recaudador», es el contable que conoce los entresijos de la Caja B, todavía peor: tiene poder para someter a chantajes varios a sus «patronos» en el tiempo en que su corrupción pasó inadvertida, voluntaria o involuntariamente, a los ojos de los dichos «empleadores».

Este último caso puede ser uno de tantos medios a través de los cuales se viene a saber del comportamiento corrupto. Cier-to que algunos, muy pocos, se saben mediante las prácticas de espionaje frecuentes ahora y entonces. Esos informes se pueden vender, filtrar o alquilar. También sucede que en otros casos los fiscales anticorrupción y los jueces han hecho lo que han podido con los escasos medios de que disponen. Pero se puede pensar, sin temor a equivocación grave, que la mayoría de casos se conocen porque hay un «soplón» dentro de la trama que puede usar sus conocimientos como chantaje para obtener beneficios mayores, o usarlos en las luchas por el poder interno del partido entre «familias» o como parte de un ajuste de cuentas en procesos semejantes a la «vendetta» mafiosa que supera la esperable «omertà», el silencio que se supone propio de los mafiosos en lo que a airear sus trapos sucios se refiere.

Por qué sigue habiendo

Más allá de estas semejanzas y diferencias, la pregunta que es obligado hacerse después de estos veinte años es ¿por qué se parecen tanto las dos situaciones? ¿Cómo es que «aquello» se parece tanto a «esto», salvadas las distancias?

Una de las respuestas es porque permanecen activos los factores que produjeron «aquello» y, por tanto, han podido producir «esto». Factores que, como se verá en lo que sigue, parten del funcionamiento del sistema mundial capitalista en el que vivimos por lo menos los últimos 500 años (y en el que también vivían los países del COMECON en la órbita de la URSS, a su vez en la órbita de Rusia), siguen en las dificultades de las democracias para ser realmente democráticas y terminan en las actitudes, valores e intereses de los individuos al margen del poder y dentro del poder. De lo sistémico a lo personal, las diferencias han sido muy pequeñas en estos años. Si las hubo, en el caso español, fueron ahora más por abundancia de dinero que corrió con la burbuja inmobiliaria y por el exceso de liquidez de los bancos alemanes, al margen de algunas características históricas de una cultura política que practica el caciquismo y el clientelismo por lo menos desde hace un siglo, como ya describió Joaquín Costa.

La otra respuesta se refiere a la política. Los partidos que dijeron «váyase, señor González» y ahora parecen decir «váyase, señor Rajoy», están más dispuestos a utilizar la corrupción como arma arrojadiza que a aplicar medidas para atajarla, reducirla y, si pudiera ser, suprimirla (cosa, esta última, harto difícil). Como se verá de inmediato, hay toda una panoplia de medidas contra la corrupción de las que los partidos están dispuestos a hablar, pero no necesariamente a poner en práctica una vez lleguen al poder. Si no hay poder, no hay corrupción posible, y en más de un caso es cuestión de esperar a que se toque poltrona como para

que aparezcan comportamientos poco coherentes con la denuncia profética previa, más o menos oportunista.

A lo más, han podido incrementar algunas penas, tipificar nuevos delitos u ordenar determinados procedimientos que reduzcan la excesiva falta de transparencia, excesiva por «corruptógena». Pero lo que es central habría sido dedicar esfuerzos para descubrir mejor a los delincuentes y establecer reglas para prevenir su aparición. Castigar es comprensible que se pida, aunque son conocidos los casos de corruptos que «se fueron de rositas» o casi. Descubrir es importante. Pero mucho más importante es prevenir y ahí no parece que se haya hecho mucho en estos veinte años

El llamado «debate» sobre el Estado de la Nación celebrado en las Cortes españolas a finales de febrero de 2013 tampoco fue muy prolijo a la hora de inventariar dichas posibles medidas. Además del consabido y cansino «y tú más», de la crítica inmisericorde hacia los corruptos ajenos y de las propuestas que en poco solucionarían este problema (como la petición de dimisiones, la convocatoria de una asamblea constituyente y similares), a lo más que se ha llegado es a anunciar mano tendida a la colaboración mientras se propinaban patadas unos a otros y a pregonar medidas genéricas cuya concreción parece que vendrá «el año que viene, si Dios quiere».

París, 23-F, 1995

San Juan de Alicante, 23 de febrero de 2013